

JORNADA DE LA FAMILIA

Jesús Camejo y Mercedes Reyes
Comunidad San Juan Bosco

“Como iglesia doméstica, la familia está llamada
a anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la
Vida”.

(Encíclica E.V., Juan Pablo II)

La Jornada de la Familia es la etapa más importante del año para las familias cristianas. Es tiempo propicio para reafirmar los votos de amor, fidelidad y respeto de los cónyuges, alabar y dar gracias al Señor por el sacramento que los une, y para profundizar y meditar acerca del amor - don de Dios- que como progenitores transmiten a sus hijos, sentimiento que a su vez produce en estos una réplica, es como un bumerang que condiciona la necesidad de amar.

Nuestra profesión de fe y la Sagrada Familia de Nazareth alimentan la comunión en el hogar bendecido por la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo, esa corriente de amor entre el Padre y el Hijo, abraza con la gracia santificante a los esposos y a la prole como un haz atado por lazos sagrados. El amor que recibe Jesús de María y José hace recíproco ese sentimiento hacia sus padres, lo mantiene unido a ellos en su santo hogar, en el “silencio” de treinta años de su existencia como verdadero hombre antes de salir a cumplir su misión divina.

Numerosos pasajes de las Sagradas Escrituras relacionados con la pareja humana ofrecen una fuente de iluminación y reflexión para los matrimonios y la familia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, en especial, las cartas del apóstol San Pablo, que enfatizan en el amor de los esposos, la fidelidad y la vinculación con los hijos (cf. Gén 2,24; Tob 7, 12 y ss; 1 Co 7, 3-5; Ef 5,6, 1-4; Col 3, 18-21). Bebiendo de esa fuente y del magisterio de la Iglesia, edificamos nuestra familia como “comunidad de vida y de amor” y construimos nuestro hogar sobre una roca para que el tiempo y las adversidades no puedan destruirlo (cf. Mt 7, 24-25).

Los miembros del Movimiento Familiar Cristiano y de la Pastoral Familiar, así como las familias y feligreses de nuestras comunidades debemos irradiar los valores humanos y cristianos no sólo con palabras sino como testigos, para que seamos fermento, luz y sal en un mundo resquebrajado donde el individualismo y el afán de poseer bienes materiales –ya sea por su carencia o por ostentación- han apagado las riquezas espirituales. Al respecto, recordamos de nuestra infancia unos versos, fruto de la sabiduría popular de un poeta campesino, que vivió en la primera mitad del pasado siglo:

“Y si ese hombre te incita
con dádivas a pecar,
¿qué te puede ese hombre dar
que valga lo que te quita ?”

Sin dudas, los conocimientos adquiridos en la niñez, así como los valores éticos y cristianos, son asimilados y formados para siempre y son esos valores los que marcan el derrotero de nuestros actos posteriores. Corresponde fundamentalmente a los padres este sagrado deber en la educación de los hijos.

La familia, célula fundamental de la sociedad y cuna de la vida, debe ser saneada para liberarla de la enfermedad más grave que hoy la afecta: la falta de amor unida a la pérdida de valores.

Esta nueva Jornada de la Familia es ocasión propicia para tener presente siempre en nuestras meditaciones el mensaje del Santo Padre Juan Pablo II en su visita pastoral a nuestro país, cuando expresó enfáticamente, en su primera misa, celebrada en Santa Clara:

“¡Cuba: cuida a tus familias para que conserves sano tu corazón!”